



En su caso, la vocación por la literatura simplemente nació. "Nadie me la inculcó, ninguno de la familia andaba en eso", sostiene Joaquín Gutiérrez.

# ¡Uuuh, mi vida no cabe en una tarde!

■ LARISSA MINSKY ACOSTA

Diez mil pesos! Cifra estupenda en el Chile de 1947 y particularmente atractiva para Joaquín Gutiérrez Mangel y su esposa, Elena, quienes por esos días andaban viéndose la cara a cara con la estrechez económica.

"¡A ver, vieja, ganémonos esta carajada!", le dijo a su mujer Gutiérrez, entonces de 29 años. "La verdad, estábamos muy *chonetes* y era urgente que obtuviéramos ese premio", recuerda, con un limpio relato, el célebre escritor, quien cumplió 79 años el pasado 30 de marzo.

La operación aritmética es simple: hace 50 años nació *Cocorí*, clásico de la literatura infantil con que el laureado autor se dio a conocer.

"Yo planeaba los incidentes del capítulo, le decía a mi esposa cómo esbozarlos y, durante el día, ella redactaba mientras yo salía a trabajar. Luego en la noche, yo pulía el texto y le agregaba uno que otro detalle o adorno. Para colmo, nos enteramos tarde del concurso y empezamos a escribir con el tiempo en contra."

A través de su prolija narración, casi pueden verse las agujas del reloj girando raudas, casi se escucha el tecleo presuroso de la máquina, casi se siente la acongojante premura debido a la cual *Cocorí* vio la luz en poco más de una semana.

El día establecido para presentar las novelas concursantes a la editorial Rapa Nui, un chiquillo contratado por Gutiérrez atravesó en bicicleta y a toda velocidad las calles capitalinas de Chile para entregar, justo antes de la hora límite, la obra con que participaría —y ganaría— Joaquín Gutiérrez.

¡Ya ni se acuerda cómo lo celebraron! Pero supone que fue con vino, como en tantos otros festejos de su larga vida matrimonial.

Precisamente para conmemorar los 50 años de aquel negro a quien mucho le costó entender que un minuto útil vale más que un año inútil, la *Revista Dominical* quiso conversar largo y tendido con su creador, cuya vida posee más parajes que la selva misma y más historias que las acuñadas por doña Modorra, la tortuga.

DE JUAN VIÑAS  
A LIMÓN

"¡Uuuh, no cabe... Mi vida no cabe en una tarde!", nos advirtió con su vozarrón de cuentacentos don Joaquín, luego de que el colega Néfer Muñoz le explicara la intención de nuestra visita. "¿Un reportaje biográfico? He vivido tanto que es casi imposible compilar mi vida", opinó, mientras caminaba despacio hacia una banca de la terraza ayudado por su bastón.

"Aquí sigo, con la pata *chocha*", comentó sonriendo, tal vez habituado ya a la condición que le legó aquel resbalón sin gracia de noviembre de 1995.

Sin más retrasos, pusimos manos a la obra y el autor de *Puerto Limón*, *Murámonos*, *Federico* y *Te acordás, hermano* —entre otras grandes obras—, se dispuso a repasar en desorden sus casi ocho decenios de vida.

Era martes 13 de mayo y serían las 3 de la tarde. Algunos minutos antes, su esposa, Elena George-Nascimento, había salido con Alondra, la bisnieta de



**Elena George-Nascimento, la compañera de su vida, también ama al pequeño Cocorí. De hecho, ella fue de algún modo coautora del libro. Ahora viven en una casa repleta de recuerdos, en Sabanilla.**

ambos. Por eso, aparte de nosotros, solo quedaban en la casa Guapo, el consentido pastor alemán de don Joaquín, y tres gatos de nombres Güila, Negrita y Chiquito.

Quizá el golpeo de la lluvia hizo a don Joaquín recordar los aguaceros torrenciales de Limón —donde se crió— porque empezó su historia por ahí. Bueno, un poco más atrás...

“Ezequiel y Agustín Gutiérrez fueron unos hermanos muy distintos entre sí. Ezequiel, el mayor, fue candidato a la Presidencia y logró que Costa Rica lo nombrara embajador ante Catalina de Rusia, era lo más faroleiro. Agustín era todo lo contrario.

“Como por esa época empezaban a formarse pueblitos entre Cartago y Limón, mi abuelo Agustín consiguió alguna platilla y se compró unas fierritas en Juan Viñas, que entonces no valían nada porque apenas estaba naciendo el pueblo. Compró unas vacas y unas gallinas y ahí crió a sus 11 hijos, que por cierto recibieron la educación primaria con mi abuela pues ni había escuela.”

Y sin intención de detenerse más que para cambiar de postura, retoma la narración, cuyo protagonismo se vuelca ahora sobre su padre, Francisco de Paula Gutiérrez (abuelo del actual ministro de Hacienda, del mismo nombre).

“Papá fue ministro de Hacienda y embajador de Costa Rica en Washington, un hombre muy apreciado en el país, pero déjenme contarles cómo fue a dar a Limón.

“En ese entonces, era fácil hacerse de un finquita allá. Bastaba con buscar los mapas de tierra y ver qué pedazo no tenía dueño, entonces se hacía un ‘denuncio’, es decir, se denunciaba el terreno para que se lo dieran a uno en propiedad.

“La cosa es que papá se metió a esa montaña tan brava, con tantísima culebra. Por eso mi vida empezó en Limón.”

Joaquín nació tercero, precedido por sus hermanos Francisco de Paula y Margarita, quien aún vive. Conforme trenza sus relatos, aflora su sello innato de narrador oral: es tan elocuente como ameno.

### UN ESTUDIO CON TESTIGOS

Desde que se embarcó en la aventura de escribir sus memorias, hace un par de años, pasa largas horas encerrado en el estudio de su casa, en Sabanilla. Se olvidó de la cronología y redacta conforme vienen a su mente los recuerdos de pasajes especiales o anécdotas memorables. Con ojos fijos y en absoluto silencio, lo custodian Augusto César Sandino, Máximo Gor-

ki, León Tolstoi y Charles Chaplin, desde sus respectivos retratos.

Aparte de báculo, su bastón le sirve de puntero. “Allá está Gorki”, indica alzando el cayado. Gutiérrez admite la influencia que en alguna época tuvo sobre él este escritor ruso, como también Tolstoi, Dostoievski y los poetas chilenos. Cita a Vicente Huidobro y a Pablo Neruda, de quien fue gran amigo.

Gutiérrez habla con sus manos suavemente arqueadas hacia abajo, ahora sin el cigarrillo que sostuvieron durante muchos años. En su dedo anular izquierdo, el anillo que lleva desde el 31 de diciembre de 1941, cuando se casó con su adorada *Nena* en Chile.

Ya suman 55 años de matrimonio y, por las fotos de sus cuantiosos álbumes, es fácil adivinar que, a pesar de las pruebas, han sido felices. Alejandra y Rosa Elena, sus dos hijas, les dieron siete nietos y hoy la cumiche es Alondra, su única bisnieta. ¡Nutrida descendencia!, y esto sin contar la cantidad de personajes que han nacido en el seno de las obras literarias de Gutiérrez.

Mientras descruza su pierna y saltan a la vista los botines negros de cordones muy bien embetunados, don Joaquín nos cuenta que esa mañana se despertó recordando los cuatro años que vivió en la anti- ➔

## COCORÍ TROTAMUNDOS

**S**etecientos cincuenta mil ejemplares vendidos en todo el mundo, ediciones en diez idiomas y adaptaciones de la obra a teatro, cine, títeres y discos, son datos suficientemente reveladores. Así de brillante era el destino que le esperaba a *Cocorí*, la clásica novela infantil que Joaquín Gutiérrez Mangel escribió en Chile hace 50 años.

Traducida a inglés, francés, alemán, checo, lituano y eslavos, entre otras lenguas, esta obra ha sido objeto de decenas de reimpressiones. Se ha agotado de las estanterías de Checoslovaquia, Alemania, Perú, Venezuela, Colombia y Argentina, para

mencionar solo seis países donde se le consideró éxito de librería.

Según María Emilia Rojas, asesora nacional de español del Ministerio de Educación Pública (MEP), la novela se incorporó en 1994 a los planes de estudio del segundo ciclo y ahora es objeto de evaluación en las pruebas comprensivas de sexto grado. Sin embargo, mucho antes de que el Ministerio lo decretara de lectura obligatoria, ha sido texto escolar en diversos centros educativos del país y en México, Chile y Holanda.

En 1983 y con simpáticas ilustraciones a color del conocido dibujante nacional Hugo Díaz, la Editorial Universitaria Centroamericana (EDUCA) lo publicó por primera vez. Una década más tarde, solo esa editorial había vendido 30.000 copias en Centroamérica. La edición que actualmente se encuentra disponible en las librerías nacionales es la décima de EDUCA.

“¿Que cuál de todos los Cocorís que han ilustrado la novela me parece el mejor? La pregunta es difícil. Lo que sí tengo claro es que ‘el Cocorí más costarricense’ es el de Hugo Díaz”, opinó Gutiérrez, tras afirmar que ha sido buen amigo del caricaturista y que las ilustraciones para ese libro las eligieron por común acuerdo entre ellos dos y Sebastián Vaquerano, editor de EDUCA.

¿Cuál fue la clave del éxito de *Cocorí*? El traductor al español de tantas tragedias shakespearianas, lo cuenta llanamente: “Cocorí es una mezcla de los niños de Limón con mis andanzas en la selva tropical junto a papá. Allá dormía al descampado; oía a los tigres rugir en la noche; aprendí a nadar tirándome chingo desde el muelle.

“Cuando 25 años después me enfrenté al reto de ganar un concurso con una novela infantil, le dije a mi esposa: ‘Lo que necesito para mi historia son aventuras en la selva, un personaje central que resulte el héroe y algo de romanticismo. Así nació Cocorí, cuyo nombre lo tomé de un valiente cacique talamancaño’.”



Ilustración de Hugo Díaz



Ilustración de Hugo Díaz



Ilustración de Hugo Díaz

gua Unión Soviética como corresponsal del diario chileno *El Siglo*.

“Me chineaban mucho porque yo era muy buen reportero; por eso me enviaban adonde yo quisiera. Puedo decir que conocí muy bien; me moví sobre todo en Siberia y en las repúblicas soviéticas no rusas”, añade.

Pero Europa estuvo en él mucho antes que él en Europa ya que por sus venas fluye sangre francesa, la de su madre Estela Mangel Rosat.

“Era la primera vez que nuestro país participaba en una exposición en Europa y lo que llevaba eran sacos de café. Al organizador de la actividad (que iba a ser mi abuelo materno) le pareció que los sacos no tenían ninguna gracia y sugirió que mejor se compraran tacitas y se obsequiara a los visitantes pruebas de café tico, producto de por sí nuevo en aquella época. Fue tan estupendo el resultado que los expositores nacionales le ofrecieron asumir todos los costos para que se viniera a vivir a Costa Rica con su familia, y así ocurrió. Entonces, Estela tendría 10 ó 12 años.”

## HECHIZO TROPICAL

Su infancia en Limón es una analogía de espléndida riqueza. No todos los chiquillos de cinco o seis años pudieron andar entre fincas de banano con un par de polainas; ni experimentar con vista, oído y tacto la caída apoteósica de un árbol de 200 metros a punta de hacha; ni ver a menudo serpientes y animales salvajes y aves de mágicos colores. Joaquín sí, y dos decenios antes que Cocorí.

Pero este embeleso tropical terminó cuando el niño cumplió ocho años. La madre y los hermanos emigraron a San José pues aún no se impartía en Limón educación secundaria y ya Francisco de Paula, el mayor, había terminado el sexto grado.

A Joaquín lo matricularon en la escuela Buenaventura Corrales y de ahí pasó al colegio Seminario, donde cursó hasta décimo año; el undécimo lo hizo en el Liceo de Costa Rica.

Con sabrosas risotadas recuerda las mil y una anécdotas aquellos años de adolescen-



**El laureado escritor afirma orgulloso que, después del colegio, se convirtió en absoluto autodidacta. “Y hablo cinco idiomas: español, inglés, francés, ruso y portugués”. Aquí aparece en su estudio.**

cia, especiales además porque tuvo sus primeras novias.

“La primera se llamaba María Cristina Ulloa y le decían *Tita*. Pero como en esos años comenzaban las estaciones de radio en Costa Rica, yo la llamaba te-i-te-a”, y cierra la frase con una sonora carcajada, que luego remata con la solemne aclaración de que fue una relación muy platónica. “De otra forma no hubiera podido ser; eran tiempos de mucha rigidez y respeto.”

Al llegar al “Liceo” se encontró con nuevos compañeros, más “diablos” que los anteriores. Fue entonces cuando, con otros cinco muchachos, fundó el Ala Izquierda Estudiantil. “Soy bachiller del 34 y para entonces ya había llegado la izquierda a Costa Rica. La gran depresión de 1929 había adelan-

tado el proceso en los países socialistas y teníamos a dos profesores recién llegados de Chile, Carlos Monge e Isaac Felipe Azofeifa, que ejercieron gran influencia sobre nosotros”, detalla.

Aparte de mitines, una que otra vez la recién fundada agrupación alteró el orden de la apacible capital josefina. Don Joaquín recuerda con claro deleite la “travesura” que hicieron una noche de esas en el entonces teatro Raventós.

“Resulta que los españoles fascistas trajeron al país a un recitador que iba a presentarse en el Raventós. Aunque la entrada era muy cara, nosotros conseguimos boletos para asistir al acto con la sola intención de sabotarlo. Todo lo teníamos cuidadosamente planeado. Después de cierto número de poe-

mas debíamos ponernos de pie, empezar a gritar improperios y lanzar los huevos podridos y demás municiones que llevábamos. En otro lugar del teatro, callada y vestida con elegante traje largo, estaría sentada Yolanda Oreamuno, quien, en medio de aquel babel, tenía el encargo de correr hasta el interruptor eléctrico y apagar las luces. Cuando todo el sitio estuviera a oscuras, todos nos zafaríamos corriendo.”

El plan se cumplió a la perfección en todo. Pero Joaquín no contaba con que, justo detrás de su fila de asientos, estaría *Tita* con sus padres. “¡Qué iba a hacer! ¡No podía fallarle a mis compañeros aunque me vieran!”, agrega con jocosos convicción.

A Oreamuno la recuerda como una gran amiga y muy bella además. “Se paraba el sol a verla —dice—, pero nunca fuimos novios por mi timidez.”

Muchos no se explican de dónde salió comunista el muchacho. “Papá era un liberal de viejo cuño que nunca me contradujo en nada; mamá sí sufría por mis pillerías; se ponía tristonía y temerosa. Como era tan religiosa debe haberme dedicado como 300.000 avemarías”, bromea, mientras pasa su mano por la melena blanca y desordenada y la desliza luego por sus cejas hirsutas.

## •BENDITO AJEDREZ!

Sin darse cuenta casi, entre

**El poeta, novelista y ensayista se cambió a la computadora en 1985 y está convencido de que este sistema le economiza mucho tiempo.**

luchas estudiantiles e ilusiones de juventud, a los 21 años se había convertido en campeón nacional de ajedrez y se aprestaba a jugar en diversas competencias mundiales.

Un día le llegaron noticias de un campeonato que estaba por realizarse en Argentina en el que los organizadores ofrecían a los participantes el pasaje de regreso a su respectivo país, mas no el de ida.

El entusiasta muchacho no lo pensó dos veces. Reunió el dinero para el viaje pero tuvo que marcharse sin equipo porque ningún otro ajedrecista costarricense pudo comprar el boleto.

“Terminada la contienda, no quería devolverme a Costa Rica. Mi sueño era rodar mundos; por eso les propuse a los *ches* que me dieran la plata para irme a Francia en barco. Pero cuando ya habían aceptado, recrudesció la Guerra Mundial y Francia estaba en el ojo del huracán. ¡Ya no quería ir, menos con apellido materno francés!”

Poco antes, había triunfado en Chile el Frente Popular Chileno y cuenta don Joaquín que dos cosas le encantaban de ese país: el vino y las mujeres. “Entonces les dije: ‘Va a salirles barato. Quiero irme a Chile, pero eso sí, denme en pesos la diferencia del pasaje a Costa Rica’. Y así ocurrió”.

Entró al país donde viviría un cuarto de siglo el 21 de setiembre de 1939, de la mano con la primavera.

“Me fui directo a la oficina del cónsul de Costa Rica en Chile para preguntarle por los ticos que estaban viviendo allá. ¡Qué grata sorpresa cuando encontré en la lista a un primo Mangel! Sin darle más vuelta, anoté su dirección y me fui para su casa. Al llegar, me dijeron que no estaba y, luego de identificarme, pasé para esperarlo. Como no volvía y yo tenía mucho sueño, me le metí a la cama y hay que ver lo furioso que se puso cuando entró a su cuarto y me encontró bien envuelto. Después de calmarlo, conseguí incluso que metiera una segunda cama en su dormitorio, y ahí seguí viviendo.”

El idioma inglés, que había aprendido muchos años antes a instancias de su padre y no muy



De su infancia en Li-món opina Gutiérrez: "Ningún mundo me dejó tantos recuerdos como ese, ni la guerra de Vietnam". Aquí tenía seis años.



Joaquín y Elena tuvieron un noviazgo corto, ocho o nueve meses a lo sumo. Esta foto se tomaron en Santiago de Chile.

Fotos de los álbumes de la familia



La pareja y sus dos hijas vivieron cuatro años en Mosú, durante los que Gutiérrez se desempeñó como corresponsal de un diario chileno. Conservan esta foto de un desayuno familiar en su casa.



Mayo de 1967 tuvo para Joaquín Gutiérrez un encanto especial porque, estando en Vietnam, se reunió con Ho-Chi-Minh, presidente del país en guerra.

convencido, fue la herramienta que le proporcionó el sustento durante lustros en Chile.

A los pocos días de llegado, se preguntó a sí mismo: "Y yo, ¿qué sé hacer? Pues sé inglés", se respondió. Por eso salió a buscar trabajo como traductor y fue así como se vinculó por vez primera con el periodismo. Laboró como traductor de cables para las agencias de noticias United Press, Reuter y Associated Press. "Solo era cuestión de traducir bien y rápido, la segun-

da parte del trabajo la hacía un muchachito en bicicleta que salía disparado a vender los cables ya traducidos".

Posteriormente, se empleó en una librería y cuando la izquierda chilena nacionalizó la mayor imprenta nacional suramericana, Quimantú ("que en araucano significa 'sol del saber'", se apresura a explicar don Joaquín), me pidieron que me fuera para allá, siempre para trabajar en traducción. "Mucho lo he dicho: el inglés fue mi profesión", comenta.

La decisión de aceptar la oferta de Quimantú ya no la tomó solo, pues años antes se había casado con Elena, a quien conoció en alguno de los bailes estudiantiles que se organizaban en la universidad chilena donde estudiaba ella.

"Elena seguía dos carreras, economía política y derecho, y yo se las eché a perder las dos. Fuimos novios solo ocho o nueve meses y pensamos que ya era hora de casarnos", relata. Poco tiempo después de su boda, tu-

vieron que venir a Costa Rica por la enfermedad de los padres de Gutiérrez pero después se regresaron y vivieron allá hasta 1973.

Gracias a las gestiones de su hermano Francisco de Paula y de su primo, Jaime Gutiérrez Góngora, Joaquín salió de Chile vivo. "Al calor del golpe de Estado de Pinochet, me di cuenta de que yo estaba en las listas de fusilamientos de los militares. De nada me habría servido esconderme. Fue una suerte que Jaime le pidiera a (José) Figueres que intercediera por mí y de verdad que el presidente empezó a mandar cables a todos los diputados y ministros chilenos, incluso al mismo Pinochet, quien finalmente me dio el salvoconducto. Y salí como un príncipe de Chile", rememora con amplia sonrisa.

### LOS AMIGOS DEL REBELDE

El autor de los poemarios

*Poesía y Jicaral* (sus primeras obras) y de la novela *Manglar*, se unió al Partido Vanguardia Popular desde sus orígenes. Fue comunista de la mano de Carmen Lyra (*Chavela*, como la llama en sus dedicatorias), Manuel Mora, Fabián Dobles, Carlos Luis Sáenz y Carlos Luis Fallas, y su vivencia y experiencia política de la década del 40 es invaluable. "Como miembro de la dirección del partido, yo viví muy de cerca las grandes transformaciones políticas de esos años", asevera orgulloso, para hacer de inmediato una breve reflexión sobre sus muchos y grandes amigos.

"Siempre he tenido amigos y muy buenos, el problema es el cambio de países. ¿Que cuál ha sido el mejor? No creo que haya habido uno solo, pero así, de pensar igualito, Fabián Dobles. Por supuesto que tienen un lugar especialísimo Yolanda (Oreamuno), *Chavela* y Eunice Odio."

Y aunque hayan caído muchos muros y cortinas y la mayor parte de sus grandes compañeros de ideología ya no están, Gutiérrez sigue considerándose un rebelde. "Para mí, el materialismo dialéctico es la filosofía más avanzada del mundo. Lo que pasa es que Costa Rica es tan chaita, tan planita, que es difícil expresar aquí la rebeldía".

De manera que ahora prefiere rumiarse recuerdos y ¡de veras que puede darse el lujo de escoger!

"Es que yo he tenido mucha suerte, porque me ha tocado vivir momentos claves en muchas partes. Cuando estuve en la URSS me tocó Nikita Krushov y su caída. Antes había estado dos años en la China de Mao; estando en Chile llegó al poder la Unidad Popular de Allende. Después vino la revolución ni-

caraguense aquí."

Mas sin duda, una de sus experiencias mejores, por lo mucho que lo marcó, fue su paso por Vietnam en plena guerra. "Una mañana me desperté y le dije a mi mujer: 'Está muy mal cubierta la guerra de Vietnam' y, mitad por periodista mitad por aventurero, se me metió que quería ir. Hice aquí las gestiones para conseguir la visa y a los meses me llamaron para avisarme que ya la tenía.

"Estuve allá tres meses, ¡pero qué tres meses! Hasta logré entrevistar al mismísimo Ho-Chi-Minh, presidente del país en guerra. Recuerdo que estaba en guerra. Recuerdo que estaba hablando con Fa-Man-Dong, el jefe del gobierno, cuando entró Ho-Chi-Minh a la sala donde nos encontrábamos. Me paré echo una lástima de la emoción, le estreché la mano y lo saludé en francés."

Asegura que fue allá donde pese a la guerra-- más ha gozado, pero también ha sido donde más cerca sintió a la muerte. "Los *yanquis* andaban volando en silencio y donde veían un *jeep* desapareaban, por eso había que movilizarse en las horas de oscuridad. Un día nos enredamos y seguimos la marcha de día. En eso una viejita achinada se asomó presurosa por la ventanita de su humilde casa y nos advirtió del peligro. Solo nos dio tiempo de correr unos 50 metros y tirarnos de panza cuando sonó el estallido. Estábamos vivos de milagro."

Para recordar aquella inquietante estadía, don Joaquín tiene en su "museo de miniaturas" algunas artesanías vietnamitas (unos títeres y un bufalito). En otra repisa dice presente Moscú; en otra, Chile.

Y el brillo de sus ojos dice sin palabras cuánto significan estos símbolos para él. ■